

San León Magno, Papa de la Romanidad

Cuando nos referimos a los personajes y escritores cristianos que llenan el bien cumplido siglo que va del 325 al 450, podemos hablar con todo derecho del apogeo y de la «edad de oro» de la Patrística. En efecto, de ese tiempo son los Gregorios de Nisa y de Nacianzo, los Basilio y Atanasios, Juan «de la boca de oro», entre los orientales. De los latinos baste mencionar aquí a Hilario de Poitiers, a Ambrosio de Milán, a Jerónimo y Agustín. Pero al mismo tiempo, si consideramos el constante peligro de las invasiones bárbaras, hecho realidad a principio del siglo v, y tenemos en cuenta las luchas dogmáticas que amenazan internamente la vida de la Iglesia, podremos calificar aquellos tiempos como la decadencia del Imperio Romano, no sólo en lo que se refiere a sus instituciones políticas y sociales sino en lo que encierra de valores espirituales. Incluso se ha llegado a comparar la época de las persecuciones con aquella otra época de peligros constantes para la fe cristiana, valientemente sostenida por la doctrina de los escritores que hemos mencionado y por la vida evangélica de sus pastores.

De entre los personajes que ilustran la «edad de oro» de la patrística podemos señalar con todos los honores a León Magno, el más ilustre Pontífice del período del Imperio cristiano y el primer Papa que ha dejado una obra literaria considerable. De todos modos, como hemos de ver, León Magno pertenece más bien a la historia de la Iglesia que a la historia de la literatura. Podemos decir, sin más, que no es un literato. Es sencillamente un Obispo, un Obispo de Roma o, si admitimos esta denominación, «un Papa de la Romanidad». Su pontificado fue uno de los más largos del antiguo cristianismo. Sus veinte años de